

LAS REUNIONES DE IGLESIA SEGÚN EL NUEVO TESTAMENTO.-

PARTE I

Ateos, 12 de Marzo de 2016.-

La mayoría de nosotros, tiempo atrás, fuimos enseñados por las denominaciones a tener reuniones de Iglesia, no sólo con formatos antibíblicos, sino con una naturaleza contraria al corazón de Dios. Lo que nos enseñaron básicamente un “individualismo-colectivo”, con este término paradójico me refiero a que fuimos entrenados a estar entre muchos, pero manteniendo cada quien un perfil individualista. La religión evangélica nos enseñó que debíamos buscar y procurar las multitudes, pero el arte era aprender a ser individualista a pesar de estar rodeados de miles de personas. Aprendimos a alzar la voz por sobre los demás, las reuniones eran casi un concurso de quien era el que más se escuchaba. Emocionante sí, pero ajeno totalmente a la naturaleza corporativa de Dios.

Aunque nos ha tocado una jornada muy dura, hace años decidimos salir de las denominaciones. Por supuesto, no hemos sido los únicos; sabemos que en diversos lados del mundo Dios está despertando el espíritu de muchos para dejar las denominaciones y ubicarse en el Recobro del Señor. En estos años que hemos vivido en este proceso, me he dado cuenta que muchos han salido de las denominaciones por varias razones. Algunos se han decepcionado de los hombres; otros han salido porque ellos mismos son divisionistas, otros porque tienen el deseo ardiente de ser líderes, y así sucesivamente. Muchos han salido de las denominaciones evangélicas, pero como ha sucedido desde los días de la Reforma, sólo salen de una denominación para crear otra nueva. Yo sé que muchos hermanos han abandonado las denominaciones con un sincero corazón, pero igualmente han fracasado, pues, en verdad el Recobro del Señor necesita del ministerio apostólico. Cristo mismo, cuando vino a esta tierra, entrenó a doce apóstoles para que éstos le dieran vigencia a las Iglesias, de igual manera, debe suceder en este tiempo. Hay quienes emigran de las denominaciones con un corazón sincero, pero para establecer la Iglesia del Señor no sólo se necesita la sinceridad, se necesita un fundamento apostólico. Los creyentes que salen de las denominaciones deben tener la actitud del etíope que **“regresaba sentado en su carruaje, y leía al profeta Isaías. Cuando Felipe se acercó corriendo, le oyó leer al profeta Isaías, y le dijo: ¿Entiendes lo que lees? Y él respondió: ¿Cómo podré, a menos que alguien me guíe?”** (Hechos 8:28-31) Yo considero que es necesaria esta actitud entre los creyentes migrantes de las denominaciones, para que con sabiduría y revelación de Dios puedan constituir la Iglesia del Señor.

Yo creo que hay algunos factores que son determinantes para que Dios en Su misericordia le revele a alguien lo concerniente a Su Plan (o sea, Su oikonomía). Sin lugar a dudas, uno de esos factores es el profundo amor que alguien tenga hacia la revelación de Su palabra. Debemos entender la manera de proceder de Dios. En algún momento, Él nos revela algo en La Escritura, pero casi nunca nos dice cómo practicar lo que nos ha mostrado. Él espera que nosotros hagamos algo con lo que nos ha dado, y luego que lo hemos puesto por obra, Él nos vuelve a explicar más sobre el asunto. Esto se vuelve un círculo virtuoso, Dios nos revela algo, nosotros lo practicamos, y luego, Él nos vuelve a explicar más.

Con el pasar del tiempo, he visto varios errores, y es por ello que el Señor ha puesto en mi corazón tener un tiempo para capacitarles por medio de La Escritura. En esta ocasión quiero señalar dos errores que hemos cometido:

1.- Ha sido un error la tendencia de soltar algunos formatos, para tener otros.

Los formatos en sí mismos son carentes de la Vida divina, por lo tanto, producen muerte. Con el pasar de los años, nos hemos dado cuenta que la mayoría de formatos que aprendimos en las denominaciones nunca fueron lo que Dios quería. Nos hemos dado cuenta que muchas prácticas que aprendimos no eran más que actos puramente religiosos. Ahora nosotros podemos señalar

muchas cosas que se hacen en el “culto” al Señor como inapropiadas y fuera de lugar. Ya que estábamos fuera de las denominaciones, también entendimos que las reuniones no debían tener una extensa participación de alabanza. Aprendimos también que el tiempo de compartir la palabra no debía prestarse para que los hombres se robaran el protagonismo de las reuniones. Además, cambiamos la posición de las sillas en las reuniones; dejamos de poner las sillas en filas, con el fin de poder estar todos en círculo, y así, todos podemos ver a la hora de compartir. Inconscientemente, muchos lo único que hicieron fue cambiar los formatos, dejaron unos y adoptaron otros. Es necesario darnos cuenta que tenemos una gran tendencia religiosa por los formatos, en el fondo nos encantan los formalismos, la liturgia, etc. pero la Vida no está en ningún formato. Los formatos son anti productores para la vida orgánica de la Iglesia.

2.- Otro error que hemos tenido es creer que: “Cambiar de cama sana al enfermo”.

No nos dimos cuenta que el problema más grande no era salir de las denominaciones, sino que el problema más grande somos nosotros mismos. Con el tiempo descubrimos que no importando lo que hiciéramos, nos habíamos vuelto como el pueblo de Israel, los cuales salieron de Egipto pero Egipto nunca salió de sus corazones. Así nos pasó a nosotros, Dios nos pasó de las denominaciones a una dimensión espiritual orgánica, pero no nos dimos cuenta que el mal no sólo estaba en las estructuras religiosas, sino que el mal está en nosotros. No nos percatamos que tenemos el problema de hacer denominaciones en el corazón aún de lo genuino. Nosotros debemos vomitar la religiosidad a la que estamos apegados en el corazón, pues, esa ha sido una de las razones por las que no tenemos reuniones más poderosas y vivificantes en el Señor.

Con el fin de corregir estos errores, y las cosas que no entendimos bien, vamos a reconsiderar lo que dice el apóstol Pablo en la carta a Los Corintios. *“Habrá un mejor resultado de las cosas cuando se practican y después se explican”*. Trataremos de avanzar en lo que ahora ya conocemos de mejor manera, pues, aunque conocemos más, no hemos unificado criterios. Estas cosas debemos tratarlas con seriedad, y además, las iglesias debemos llegar a tener una sola práctica, así trata el apóstol Pablo estas cosas. Dice *1 Corintios 14:37 “Si alguno piensa que es profeta o espiritual, reconozca que lo que os escribo es mandamiento del Señor”*. Pablo era serio para tratar los asuntos de las reuniones de Iglesia. Él tenía tal interés de que existiera unificación en la manera de tener reuniones, al punto que lo que les escribía lo consideraba mandamientos del Señor, así considerémoslo nosotros.

1.- ALGUNOS PRINCIPIOS QUE DEBEN REGIR NUESTRAS REUNIONES DE IGLESIA.

Dice *1 Corintios 14:1 “Procurad alcanzar el amor; pero también desead ardientemente los dones espirituales, sobre todo que profeticéis”*. En este verso vemos que el apóstol Pablo instruye a los hermanos de Corinto que ellos deben tener presente en sus reuniones el amor y los dones espirituales. Pablo viene hablando de las reuniones de Iglesia desde el capítulo 11; ahí primeramente habla de las reuniones donde los hermanos se reúnen para compartir los alimentos. Luego en el capítulo 12 habla de los dones espirituales o los carismas. En el capítulo 13 nos habla del tema maravilloso del amor, y luego, en el inicio del capítulo 14 él conjunta todo lo anterior, y nos explica que en las reuniones debemos *“alcanzar el amor...”* y *“desear ardientemente los dones”*. A continuación vamos a explicar cada uno de éstos elementos.

1.1. LAS REUNIONES DEBEN TENER EL COMPONENTE DEL AMOR.

Si pensamos en una Iglesia local “niña” (una iglesia conformada por creyentes recién convertidos), pueda que tengan escasez de dones, pero eso no es excusa para que tengan escasez de amor. Lo más grande y esencial de todas las virtudes divinas es el amor, por lo tanto, en toda Iglesia de Cristo el amor debe estar presente. Una Iglesia puede carecer de hombres con carismas

espirituales, pero si el amor está entre los santos, y se estimulan entre todos, a pesar de los faltantes serán una Iglesia muy hermosa en el Señor.

Hace unos días estuve en Guatemala y decidí visitar a uno de los hermanos de la Iglesia. Mientras compartíamos, lo que yo percibí de ellos me impactó tanto, que les dije: *“Si yo supiera que Dios ya no quiere que esté en El Salvador, con gran placer me regresaría a Guatemala para congregarme con ustedes”*. La Iglesia en Guatemala ha sido una Iglesia con estas características, no hay hermanos muy carismáticos, pero han practicado grandemente el amor entre ellos. Yo he sido testigo del servicio, la atención y la entrega de amor que se tienen entre ellos, y eso los ha hecho prevalecer y hasta crecer en número. Yo, a través de ellos, he comprobado como el amor es el camino más excelente.

Ahora bien, el apóstol Pablo exhortó a los Corintios a que procuraran el amor pero que también desearan los dones espirituales. Una Iglesia local debe procurar el amor como una buena plataforma, pero en lo orgánico que debemos ser, también debemos anhelar los dones espirituales. Yo les quiero hacer una pregunta: ¿Sus reuniones se prestan para el amor?, y también les pregunto: ¿Sus reuniones se prestan para la práctica de los dones? Este verso nos da una gran luz de cómo deben ser nuestras reuniones de Iglesia. Nuestras reuniones deben prestarse a que nos demos muestras de amor, y también a la aportación de los carismas espirituales. Podemos decir, entonces, que hay un tipo de reuniones que se prestan al amor y la comunión, y hay otro tipo de reuniones donde deben estar presentes los dones espirituales. Las reuniones no deben ser rígidas, ni esquemáticas, sino por el contrario, deben ser variadas, pues, debemos dar espacio a estos ingredientes que nos dice el apóstol Pablo.

Hermanos, no permitan que sus Iglesias locales sean ricas en dones espirituales pero frías en el amor. Los dones no deben ser la plataforma en la que se edifique la Iglesia, sino el amor. Yo estuve en “denominaciones evangélicas” donde vi la unción de Dios fluyendo a través de los ministros, pero también vi como muchos de ellos eran individualistas, crueles, falsos, sin misericordia y sin una gota de amor para con los hermanos. Los dones no deben ser la prioridad de la Iglesia, pues, cuando no hay amor, éstos levantan envidias, celos y pleitos entre los hermanos. Debemos de abrir nuestras reuniones a la práctica del amor. Necesitamos salir del formato litúrgico, de esa actitud de sacar adelante una tarea, de las prácticas formalistas, y en lugar de ello, debemos darnos al amor y al servicio los unos a los otros.

Si predominantemente, la Iglesia local tiene la práctica y la plataforma en la que nos demostremos el amor los unos a los otros, que nada ni nadie impida tal comunión. Aún los directores de las reuniones sepan esperar, el itinerario de la reunión no es más importante que la expresión de amor unos con otros. No omitan, ni tengan de menos el tiempo en el cual los hermanos se puedan sentar, comer juntos, y estar en comunión porque eso tiene un gran valor ante los ojos de Dios. Si logramos armar tal plataforma donde nos ejercitemos en el amor, las reuniones serán cada vez más hermosas y bendecidas.

Debido a que cometemos el error de caer en formatos, sé que nos cuesta trabajo pensar en un tipo de reunión en la que predomine el amor. De manera normal, cuando pensamos en reuniones de Iglesia, todavía seguimos pensando en un horario de inicio, en tiempo de alabanza, en un local bien limpio, y no es que éstas cosas sean malas, sino que nuestro corazón tiene un apego por hacer las cosas de una manera religiosa. Yo no puedo, ni quiero darles una forma de cómo abrir espacios al amor, que cada Iglesia local lo decida, pero dejen el “nuevo formato de reuniones” que han tenido estos últimos años y pongan una plataforma de amor cuando se reúnan.

Abramos espacios y maneras según el tipo de reunión que decidamos tener. Por ejemplo, si alguna Iglesia local decide tener reuniones donde se muevan los carismas, un buen ingrediente que debería existir sería la música y la alabanza al Señor, eso promueve la mística en los asistentes. Si van a tener reuniones donde desean promover el amor, el compartir los alimentos ayudaría a promover la confianza entre los hermanos. Así sucesivamente, sin que éstos ejemplos

se vuelvan leyes, ustedes pueden combinar diferentes cosas, según el tipo de reunión que deseen tener.

Debemos estimularnos a la práctica del amor. Ya nos baste el decir frases vacías tales como: “los hermanos saben cuánto los amo”. El amor siempre debe estar puesto en acción.

1.2. LAS REUNIONES DEBEN TENER EL COMPONENTE DE LOS DONES.-

Hermanos, quiero advertirles que tengan cuidado de que sus reuniones no sólo sean un espacio para testimonios, o para que los hermanos pidan que se canten los coros que más les gustan. Las reuniones de Iglesia deben estimular a los creyentes al ejercicio de los dones. Los que ya tienen claridad en los dones que Dios les ha dado, vayan a la delantera para que los que no los tienen, los anhelan y el Señor en su tiempo se los conceda.

En las reuniones todos podemos participar, pero cada quien debe participar en la medida de fe que Dios le ha dado. Un ejemplo de esto lo vemos en nuestro cuerpo físico; cuando nosotros queremos escribir una carta, si somos “derechos”, de manera natural tomamos el lapicero con la mano derecha y empezamos a escribir. Si tenemos la mano derecha sana, en ningún momento vamos a procurar escribir con la izquierda. Lo mismo debe suceder en las reuniones de Iglesia, aunque todos podemos participar, no debemos poner como obligación que todos tienen que hablar. Hay hermanos que no tienen el don de hablar prolongadamente, o que por alguna razón no se han ejercitado en ello. Nadie debe sentirse presionado a hablar, a menos que tenga el don de hablar. Si alguien habla a la fuerza, sin tener el don, le pueden suceder dos cosas: Se puede sentir mal de haber tratado de decir lo que ni siquiera entiende, o le puede suceder de que no encuentre la manera de cómo callarse porque no sabe si ya expresó lo que quería decir. En las reuniones se deben mover los carismas, no las personas emocionadas por hablar lo que no pueden.

Hermanos, debemos ejercitarnos en los dones que Dios nos ha dado. Si alguien tiene el don, pero no tiene la práctica de hablar, pues, empiece a ejercitarse hablando de manera gradual, cada uno debemos ir aprendiendo como administrar el don que Dios nos ha dado. Para empezar, debemos ser claros en lo que queremos decir; en un inicio talvez no seamos tan claros, pero debemos ir aprendiendo a detectar en qué momento y qué es lo que el Espíritu quiere que enfatizamos.

La Iglesia no es democrática, sino orgánica; lo que quiero decir con esto es que no todos tienen el derecho y la obligación de hablar, sino que todos tienen el derecho de aportar según el don y la medida de fe que Dios ha dado a cada miembro, y en la manera que cada uno se ha ejercitado. No podemos hacer que todos hablen en las reuniones, ni siquiera los que tienen el don de la palabra tienen la obligación de hablar, sino aquellos que se sienten movidos por el Espíritu a compartir algo.

Cuando aparezca alguien en las reuniones con una luz que impacte los ambientes, ahí quedémonos, procesemos esa palabra. En ese momento debe surgir el director de la reunión y motivar a los hermanos a ahondar en el río que se acaba de abrir. Ahora, si el director no hace nada, pues, ya no pongan a tal hermano a dirigir porque seguramente no tiene el don de director. Si un hermano no tiene el don de hablar, que dé amor, que sirva a los demás, pero nadie debe intentar dar lo que no tiene, o lo que el Espíritu no lo ha puesto a hablar. Los hermanos que son neófitos, y que no tienen los dones ejercitados deben callar y aprender orgánicamente de los demás.

2.- EL COMPONENTE PRINCIPAL DE LAS REUNIONES ES PROFETIZAR.

La acción de profetizar es hablar de parte de Dios, o hablar motivado por Dios. Nosotros en las reuniones debemos aprender a palpar nuestros espíritus. No nos acostumbremos a hablar sólo por hablar. Ahora bien, si en la reunión alguien habla, y todos tienen el testimonio que habló de parte de Dios, los demás que no hablaron reconozcan que sí profetizó. No acentuemos lo que no debemos acentuar, pero tampoco pasemos por alto lo que alguien dice de parte de Dios. Si alguien en la Iglesia dice algo que destapa el río de Dios, mi actitud debe ser ocupar ese río para seguir hablando, o al menos pronunciar un “¡Amén!” a lo que dijo el hermano. Si después alguien levanta la voz, y sus palabras no conmueven nada en los ambientes, pues, pasemos a otra cosa y busquemos de nuevo otro río de Dios. Si así hacemos, las reuniones serán edificantes y no habrá necesidad de hacerlas extensas, pues, tampoco eso es aconsejable.

3.- TODO LO QUE ES DE CARÁCTER PERSONAL ES IRRELEVANTE PARA LA REUNIÓN.

Lo que hablemos de parte de Dios, debe tener el sello que es para edificación del Cuerpo de Cristo. Si lo que aportamos en las reuniones tiene un sello personal, es decir, algo que no edifica a otros, no debemos decirlo en las reuniones. Es como el don de lenguas, no deben aportarse “las lenguas” en las reuniones si no hay quien las interprete, porque éstas bendicen al que las habla, pero no edifican en nada a la Iglesia. Las reuniones no están diseñadas para que se sienta bien el que habla. No hagamos de las reuniones lo que en términos de psicología se conoce como “Terapia de Grupo”. La Iglesia no es una práctica de psicología empírica, ni tampoco se debe convertir en el lugar donde todos se pueden desahogar. En la Iglesia, los que hablan deben aportar edificación, consolación y exhortación. Todo lo que nos cause una satisfacción personal debe quedar en el plano de lo irrelevante. Lo que debemos conservar y aportar es lo que trae edificación a los santos.

¡Dios les bendiga!